

*La Naturaleza
Primigenia
Del
Evangelio.-*

© 2018 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: febrero 2018

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010218-024

La Naturaleza Primigenia Del Evangelio.-

Guatemala, 29 de Septiembre de 2015.-
Apóstol Marvin Véliz.-

Una madrugada el Señor me despertó con una frase: *“Es necesario entender y volver a la naturaleza primigenia del Evangelio”*. Para empezar permítame explicarle lo que significa, según el diccionario de la Lengua Española, la palabra *“primigenia”*: *“Es relativo al origen o al principio”*; *“tiene que ver con su estado y con su significado en su origen”*.

Lo que trataré de compartirle, es la necesidad que tenemos de volver a la naturaleza, al significado real, y a lo que Dios quiso enseñarnos cuando nos expresó el mensaje del Evangelio. Y nos referimos como Evangelio, a lo que Jesús predicó y vivió, y a lo que los apóstoles predicaron y vivieron subsecuentemente después de Su partida.

S
E
M
A
N
A

1

Dice Gálatas 1:6 *“Me maravillo de que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”*, Este verso nos deja ver, efectivamente, que nuestro Evangelio puede tornarse en algo diferente. Si bien es cierto, el Evangelio es único e inamovible, nosotros los humanos lo podemos hacer vulnerable, por ende, lo podemos torcer y convertir en algo diferente.

Cuando el Evangelio fue expuesto por el Señor y por los apóstoles, tuvo una concepción distinta a la que se tiene hoy en día. Ha habido tanto matiz de la mente del hombre, tanta forma occidental de concebir el mensaje del Nuevo Testamento, que el concepto oriental bajo el cual se escribió se corrompió gradualmente hasta tener algo que realmente no es lo primigenio. A nosotros nos ha tocado vivir en un tiempo más complicado, porque aunque tengamos cierta conciencia de lo que nos muestra el Evangelio, nuestra percepción no es tan acertada como debiera ser, nos hemos descontrolado tanto, que simple y sencillamente no sabemos hacia adonde orientar nuestra caminata en el Señor.

Como Iglesia nos hemos desubicado extremadamente del Evangelio que vivió la Iglesia del principio. Los creyentes hoy en día tienen prácticas muy distintas a lo que es el Nuevo Pacto que instituyó nuestro Señor Jesucristo. Hay cristianos que cuando piensan en volverse al Señor, lo que se les ocurre es ayunar y hacer vigiliias, no son más que metodologías evangélicas apegadas a la ley del Antiguo Pacto, ¿quién nos enseñó que somos restaurados mediante el duro trato del cuerpo? Hermanos, hoy percibimos el Evangelio de una manera tan precaria, que cualquiera tropieza y cae fácilmente de la gracia. Cuán urgente es que entendamos la naturaleza primigenia del Evangelio que nos fue dado.

Nuestra Doctrina Y La Práctica Generacional No Son Congruentes A La Naturaleza Primigenia Del Evangelio

Yo deseo que meditemos y procesemos el siguiente pensamiento: “Tanto la enseñanza doctrinal, como la enseñanza práctica generacional del Evangelio ha sufrido un cambio, de tal manera que en el fondo se cree y se vive un Evangelio

totalmente distinto al que nos presentaron el Señor Jesús y Sus apóstoles”. La enseñanza doctrinal que tenemos está errada en muchos puntos fundamentales, y lo peor es que ni siquiera podemos distinguirla. Seguimos creyendo lo que la Biblia no enseña, seguimos aferrándonos a un Evangelio que nuestro Señor y los apóstoles jamás enseñaron, por lo tanto, la práctica del Evangelio en nuestra generación también está torcida. Debido a la doctrina errada, también nuestro vivir en el Evangelio termina siendo inútil para nuestra experiencia en el Señor.

No busquemos victimarios en este tiempo, porque todos en alguna manera hemos sido víctimas de la generación en la que nos tocó vivir; sean ministros, líderes o cualquier hermano que sea parte del Cuerpo de Cristo, todos hemos sido víctimas de un Evangelio que se fue torciendo con el pasar del tiempo. Yo les invito a todos a revisar un poco de la historia de la Iglesia, y se darán cuenta que ni siquiera nuestros maestros en la fe pudieron comprender el Evangelio del Señor porque aún ellos ya nacieron cuando el Evangelio estaba en oscurantismo.

Todos los que han tratado de edificar la Iglesia en esta generación en la que vivimos, lo han hecho suponiendo que su evangelio está bien, sin embargo, no se han percatado que están mal. Algunos piensan que no tienen conflicto con su evangelio porque han logrado rectificar algunas doctrinas, sin darse cuenta que la esencia del Evangelio no estriba en doctrinas.

Todos aquellos que alguna vez han estudiado La Escritura (y en esto yo me cuento entre ellos), hemos tenido que revisar y avanzar en alguna verdad que no concuerda con todo lo que hemos aprendido. Yo no pretendo darle claves de cómo darle avivamiento a la Iglesia muerta, tradicional e institucional en la que crecimos. La Iglesia no necesita ritos o doctrinas diferentes, mejor dejemos esa Iglesia tradicional así como está. El cambio sustancial de la Iglesia no lo marcará el cambio de la doctrina. Muchos de nosotros venimos de un ministerio, que una de sus cualidades principales fue renovar la doctrina que tradicionalmente se había escuchado en Guatemala, sin embargo, eso no cambió nuestro Evangelio, ni tampoco

nos dio una experiencia de la Vida divina en el interior. Las doctrinas no son malas, al contrario, debemos aprenderlas y perfeccionarlas; pero el simple hecho de saber más, no nos da una mejor Vida en el Señor. El Evangelio que Cristo pregonó no depende en esencia de la doctrina, sino de la Vida que es Él mismo.

La Iglesia Del Principio No Inició Con Faltantes.

Conforme ha pasado el tiempo, al estudiar La Biblia, me he dado cuenta que la gran mayoría de creyentes no gozamos de tener un Evangelio que Su naturaleza sea igual a la que predicó Cristo y Sus apóstoles en el Nuevo Pacto. Han pasado veinte siglos desde que el Señor instituyó la Iglesia, y al día de hoy nos es casi imposible entender la naturaleza primigenia del Evangelio.

Alguien dirá: "hermano, lo que ha sucedido es que la Iglesia ha tenido que avanzar con el pasar de los años, y se ha tenido que modernizar y tecnificar según el tiempo". Déjeme decirle que la Iglesia no necesita avanzar. El apóstol Pablo dice en *Colosenses 2:10* *"... vosotros estáis completos en él,*

que es la cabeza de todo principado y potestad". La Iglesia no empezó con faltantes, estaba plena y completa.

En lo personal no me gusta usar el término de "la Iglesia Primitiva", porque da la idea que los que comenzaron con la Iglesia no fueron los más idóneos. Pareciera que el apóstol Pedro en este tiempo no pudiera ser ni siquiera diácono. Perdonen hermanos, pero el apóstol Pedro no fue ignorante en cuanto al Evangelio, aunque él no podía escribir porque era analfabeta, él fue quien le dictó el Evangelio a Marcos. ¿Sería capaz usted de seguir a un apóstol analfabeta? El hecho de que Pedro no supiera leer, ni escribir, no lo hacía ignorante del Evangelio, pues, no necesitaba ser estudiado para contar lo que había visto y oído tocante al Verbo encarnado. Pedro sí sabía cual era el verdadero Evangelio del Nuevo Pacto.

Nuestro mayor conflicto es pensar que lo que tenemos ahora por Evangelio es mejor que lo antiguo. Aceptemos que los resultados de nuestro Evangelio son diferentes a los de la Iglesia del principio, al compararnos con ellos nuestro Evangelio es

caótico. Según algunos hombres estudiosos, el grado de analfabetismo de aquel entonces (hace dos mil años) era de un 85%, quiere decir que sólo un 15% podía leer y escribir. En nuestro tiempo, a excepción de los muy infantiles, el analfabetismo casi no existe. Sin embargo, una Iglesia analfabeta de hace dos mil años fue mucho más gloriosa que la Iglesia de la generación actual que tiene muchas versiones de la Biblia a la mano. Con todas las ventajas que ahora tenemos, no somos mejores que la Iglesia del principio.

Aunque todos sabemos que nuestro Evangelio está en caos, lo que hacemos es refugiarnos en la religiosidad y en la apariencia porque nos cuesta trabajo reconocer que nos hemos desviado del verdadero Evangelio. A estas alturas, al menos interiormente, todos los creyentes saben que lo que necesitan no es la buena música de una Iglesia, ni los locales de reunión, ni ninguna otra cosa efímera que nos presente el Evangelio “moderno”. Tarde o temprano, todos los accesorios humanos de “atracción” que los hombres le ponen a la Iglesia pasan de moda, ninguno sacia el corazón; llámense ministros, pastores,

clases dominicales para niños, grupos de alabanza, templos, doctrinas, etc. todo pasa. La mayoría de estas cosas que hoy son consideradas indispensables para la Iglesia, jamás se mencionan en el Nuevo Testamento, sin embargo, en aquel tiempo la Iglesia era poderosa.

Dice Filipenses 4:9 *“Lo que también habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto practicad, y el Dios de paz estará con vosotros”*. Lo que el apóstol Pablo quiere remarcar en este verso es que nadie debe inventar cómo, ni maneras de hacer las cosas en la Iglesia, sino sólo aquellas que recibieron por enseñanza y práctica del ministerio apostólico. En otras palabras, para que la Iglesia sea restaurada lo que debe hacer es volverse a la naturaleza primigenia del Evangelio, que es lo que les enseñaron Cristo y los Apóstoles.

Hermanos, es difícil creer que un pescador iletrado como Pedro, y otros once similares a él, a quienes los religiosos de aquel entonces despreciaban por su sencillez cultural, hayan aprehendido el verdadero Evangelio. Hay gente tan sencilla (culturalmente hablando) con quienes nos

cuesta darnos a entender, y así eran los apóstoles, pero la gente se asombraba cuando los escuchaba. ¿Cómo pudo Dios confiar Su Reino, Su Plan acá en la tierra en doce hombres ignorantes? El apóstol Pablo fue distinto a ellos, pero los primeros, los doce que el Señor escogió eran hombres del vulgo. ¡Ah! hermanos, si esto no nos abre los ojos, jamás vamos a tocar la naturaleza primigenia del Evangelio. Si no vemos lo que fue en el principio, seguiremos creyendo que lo más indispensable para un creyente es estudiar en un seminario teológico, o depender del buen léxico de un predicador, pero estas cosas no fueron así entre los doce apóstoles. Seguramente los apóstoles carecieron de los atributos que las gentes hoy admiran entre los predicadores, pero tuvieron otras cosas que hoy en día son carentes entre los “hombres de Dios”.

Algo tuvo que tener la Iglesia del principio para que Cristo, confiadamente, después de resucitado sólo se haya quedado con ellos cuarenta días. Antes de la cruz el Señor tuvo que estar en la tierra durante treinta y tres años y medio, pero después de haber resucitado, sólo se les apareció a los doce y

a otros más durante cuarenta días. Es que razón tuvo el apóstol Pablo al decir: “lo que aprendieron, lo que recibieron y vieron en mí (en él como apóstol), esto practiquen y el Dios de paz estará con ustedes”. Toda la lejanía que la Iglesia tenga del ministerio apostólico, redundará en un perjuicio para ella misma. Hoy en día la Iglesia ha llegado a ser sinónimo de una institución cristiana, o la visión espiritual de un hombre, pero Dios jamás la diseñó así.

Hace años un hermano organizó una convención apostólica para pastores evangélicos, y tuvo a bien invitarme a mí para impartir la palabra. No olvido que antes de subirme a predicar el Señor me dio una palabra, por lo que inicié diciendo lo siguiente: *“hermanos, lo que menos necesita la “Iglesia evangélica” hoy en día son apóstoles, lo que necesita son motivadores, pensadores, administradores, publicistas, gerentes, etc. pero no apóstoles verdaderos, esos no caben en la Iglesia institucionalizada”*. Hermano querido, nuestra Vida en Cristo no nos funciona porque estamos distantes de la naturaleza primigenia del Evangelio. Tenemos conflictos porque nuestra doctrina nos dice

una cosa y la práctica generacional nos enseñó otra.

Debido a que la naturaleza primigenia del Evangelio se ha pervertido, lo que ahora tenemos por Evangelio no es lo que fue originalmente. Mi labor como apóstol es enseñar el verdadero Evangelio, por lo tanto, veamos al menos dos puntos en los que nos hemos alejado de lo original. Dios nos permita reencontrar el camino para podernos volver a lo que fue en el principio.

1. Hay Muchos Que Creen Que Dios Está Para Prodigarnos Una Vida De Paz, Poder Y Prosperidad, Totalmente Alejada Del Dolor Y La Angustia.

Antes de avanzar en este pensamiento hágase esta pregunta: ¿Es usted de los que creen que las finanzas son un reflejo, o un buen síntoma de la bendición de Dios? Muchos dicen que no!, pero en el fondo esta es la experiencia de la mayoría. Es a raíz de este concepto que muchos reclaman y se enojan con Dios, porque creen que Él no los bendice porque no le aumentan el sueldo en el trabajo. Doctrinalmente muchos saben que las finanzas no necesariamente son un reflejo de la bendición de Dios, sin embargo, en la práctica generacional vivimos otra cosa. Lo que nos transmitieron en la práctica nuestros ayo en la fe, dista de la enseñanza doctrinal apostólica. En la práctica generacional, de manera sutil hemos sido enseñados

S
E
M
A
N
A
-
2
-

que cuando las finanzas van de pique es porque en algo andamos mal con Dios.

Yo estoy consciente que la mayoría de los hermanos saben que no debemos abrazar la doctrina evangélica de “paz, poder y prosperidad”. La mayoría asentimos que tal doctrina es diabólica y que nunca provino del corazón de Dios, pero en la práctica generacional decimos lo contrario. En la práctica generacional la mayoría nos medimos en base a las finanzas, cuando sentimos que las finanzas se empiezan a escasear, tratamos de orar más, tratamos de buscar más al Señor. Esto nos muestra que aunque nuestra doctrina dice una cosa, por causa de la práctica generacional hacemos otra. Cuántos han juzgado en sus corazones a algún hermano, al que siempre admiraron por su buen carro, su casa, su elegante esposa, sus hijos bien parecidos, y de repente lo ven esperando el bus; en sus adentros, seguramente han dicho: *¡Ah, quién sabe en que pasos anda el hermano, que Dios lo está dejando en la calle!* ¿Por qué nuestra experiencia no concuerda con nuestra doctrina?. Si lo vemos por otro lado, ¿Cuántos se han afligido alguna vez porque les llegó a sus manos algún dinero extra?,

¿Cuántos han ido a pedir oración porque les aumentaron el salario? ¡Seguramente nadie! Jamás vamos a creer que el diablo es el que puede hacer que tengamos más dinero, al contrario, usted cree que no anda tan mal como pensaba y por eso Dios lo está bendiciendo. Si esa es nuestra experiencia, nuestra práctica no es lo que creemos doctrinalmente, es aquí donde el creyente entra a lo que le podemos llamar: “Una crisis de fe”.

Yo he tenido la oportunidad de atender hermanos que empiezan a atravesar por problemas financieros, y lo primero que me dicen es: *“hermano, no sé por qué me está pasando esto, no sé en qué he fallado, yo he sido fiel para dar mis diezmos”*. ¡Ah!, ¿se dan cuenta? Estos hermanos han dado sus diezmos a la manera de los que tienen la doctrina de la prosperidad, pues, el lema de ellos es: *“siembra tus diezmos y el Señor te va a dar más”*. Esto es lo que les acontece a muchos en la práctica generacional, muchos en la realidad dan sus diezmos porque creen que con esa cuota de fidelidad amarran a Dios para que siempre estén abundados, pero cuando viene el tiempo de la dificultad, lo primero que hacen es reclamarle a Dios.

Hermanos, entendamos que es Dios mismo quien nos pone en “crisis de fe”. Si no entendemos este punto, el Evangelio se convertirá en la experiencia frustrante de algunos matrimonios, que están “*juntos pero no revueltos*”. Hay creyentes que son semejantes a estos matrimonios fallidos, siguen llegando a la Iglesia sólo por el orgullo religioso, sólo por evitar el “qué dirán”, pero alejados y distantes de Dios. El Evangelio pierde el sabor para muchos porque no entienden que la crisis financiera, la enfermedad y muchas otras vicisitudes de la vida no son la esencialidad del Evangelio. Para colmo de males, a veces vemos hermanos que son inconstantes en la Iglesia, o inconversos que llevan vidas desordenadas, sin embargo, a ellos siempre les va bien. ¡Ah!, ¿Qué obtenemos entonces del Evangelio? ¡Esto nos hace entrar en crisis! ¡Sí, la crisis viene porque tenemos un evangelio que ha perdido su naturaleza primigenia!

Dios tiene Sus maneras de obrar, pero es problema del hombre mal interpretar Su evangelio. Por esta razón quisiera considerar con ustedes algunos pasajes que al leerlos, simplemente, nos conectan a la

naturaleza primigenia del Evangelio. De cuando en cuando, Dios sí nos aflige y nos restringe en algunas áreas, pero lo que debemos hacer es revisar nuestro corazón, y si hay algo por lo cual debemos pedirle perdón al Señor, pues, arrepintámonos, humillémonos y vengamos ante Él confiadamente, porque Él no desampara a Sus hijos.

Dice Romanos 5:3

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia”.

Este verso nos revela la naturaleza del Evangelio, ¿De verdad nos podemos gloriar en las tribulaciones? Si usted no tiene el Evangelio original, seguramente se amarga en las tribulaciones, se frustra por las pruebas que le vienen a su vida. A veces me he encontrado con hermanos que andan en pruebas, y andan tan frustrados que se desquitan con uno lo que Dios les está provocando. Si tan sólo leyéramos la Biblia, nos diéramos cuenta que las tribulaciones son necesarias para hacer brotar en nosotros las virtudes divinas.

Hermanos, estamos tan desconectados del Evangelio original, que hay cosas que narra la Biblia que creemos que son “leyendas”. Dice Hechos 5:40 *“... y después de llamar a los apóstoles, los azotaron y les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús y los soltaron. v:41 Ellos, pues, salieron de la presencia del concilio, regocijándose de que hubieran sido tenidos por dignos de padecer afrenta por su Nombre”*. ¿Nos pudiéramos haber gozado nosotros en esta situación? ¿Es este Evangelio de los apóstoles nuestro evangelio? El Señor dijo claramente: *“En el mundo tendréis aflicción...”*, también dijo: *“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis odiados de todas las naciones por causa de mi nombre”* ¡Ah!, ese no es el Evangelio que tenemos, ese no es el Evangelio que nos han presentado. El que termina en amargura cuando vienen las pruebas es porque no tiene en experiencia el verdadero Evangelio. Hermanos, cuando Dios llama a alguien lo pone en tribulación, porque eso es necesario para que Él cumpla el propósito de manifestar Su gloria en lo mortal, eso no debe ser cosa extraña para nosotros.

Supe de un ministro que en sus primeros años de predicador le iba muy mal económicamente, a raíz de eso su esposa pasaba serias dificultades para preparar el alimento para su casa. Un día resultó que no tenían otra cosa para comer, más que frijoles crudos, el problema es que se les había acabado el gas y el hermano no tenía dinero para comprarlo, así que el hermano decidió orar para que el Señor le llenara el tanque de gas; cuando terminó de orar, el milagro había pasado, el tanque de gas estaba lleno, así que la esposa pudo cocinar. Al pasar de los días, el gas se volvió a escasear, y él nuevamente volvió a orar; otra vez el milagro volvió a suceder. Así vivieron mucho tiempo, viendo que vez tras vez Dios les llenaba el tanque de gas. Con el pasar del tiempo, el hermano fue prosperando económicamente, y en una de esas el milagro del tanque cesó. El hermano cuando vio que el milagro cesó se puso a llorar, porque se preguntó: *“¿Qué hubiera sido mejor, estar abundado y tener para comprar gas, o estar viendo el milagro de Dios constantemente?”*. Hermanos, es Dios quien se ve en la necesidad de ponernos en crisis para poder manifestarse.

No nos convirtamos en opositores de Dios, en un pueblo insensato que no entiende que es necesario gloriarse en las tribulaciones. Dios permite que estemos en conflictos para que Él pueda mostrarnos Su poder. Dios nos puede enfermar para mostrar que nos puede sanar, o nos puede enfermar para mostrar que nos puede sostener a pesar de no estar sanos. Leamos a continuación la experiencia del Evangelio del apóstol Pablo: *“Y dada la extraordinaria grandeza de las revelaciones, por esta razón, para impedir que me enalteciera, me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca. Acerca de esto, tres veces he rogado al Señor para que lo quitara de mí. Y El me ha dicho: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”*. (2 Corintios 12:7–10).

Hermanos, siempre hay un propósito en Dios para nosotros en lo que nos acontece, eso prueba lo que somos, es necesario que soportemos el fuego de prueba que purifique nuestra fe, así lo dice 1 Pedro 1:6 *“En lo cual os regocijáis grandemente, aunque ahora, por un poco de tiempo sí es necesario, seáis afligidos con diversas pruebas, v:7 para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo”*. Qué tristeza dan los creyentes que caminan sólo cuando las cosas están bien, pero media vez empiezan los problemas se detienen, y otros hasta desisten en su caminata con Dios. Dice también 2 Corintios 4:17 *“Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación”*. A los discípulos del principio las tribulaciones los encendían más en sus espíritus, mientras más sufrían, más la gloria de Dios vibraba entre ellos. Pero a los creyentes de este siglo una gripe los derriba, no digamos si a alguien le diagnostican cáncer, casi de manera inmediata claudica en su fe. El Evangelio de hoy en día nos ha enseñado por medio de la

práctica generacional que no debemos sufrir. Cuán perdidos y desubicados estamos en cuanto al Evangelio que vivió la Iglesia del principio.

Hoy tenemos una errada concepción que entre más cerca de Dios estamos, mejor nos tiene que ir en esta vida. Hemos convertido el dolor en un sinónimo de estar mal con Dios, sin darnos cuenta que muy probablemente ese dolor, o esa dificultad es una puerta que Dios ha propiciado para que Su Vida de poder se manifieste en nosotros. Dice Hebreos 12:9 *“Además, tuvimos padres terrenales para disciplinarnos, y los respetábamos, ¿con cuánta más razón no estaremos sujetos al Padre de nuestros espíritus, y viviremos? v:10 Porque ellos nos disciplinaban por pocos días como les parecía, pero El nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad. v:11 Al presente ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; sin embargo, a los que han sido ejercitados por medio de ella, les da después fruto apacible de justicia”*. Quiere decir que en el Evangelio en el que estamos, en muchas ocasiones es Dios mismo quien nos mete al fuego de la

prueba, Dios mismo nos causa la disciplina dolorosa, pero ¿Con qué objetivo? Con el fin de que participemos de Su santidad ¡Aleluya!, Él necesita que lo expresemos, es por eso que prueba nuestra fe mediante el dolor.

S

E

M

A

N

A

-

3

-

¿Qué es la fe? En palabras sencillas “*la fe es no tener nada, pero creer que aún así tenemos*”. Dios prueba nuestra fe quitándonos la salud, el dinero y todo aquello que nos brinda información de que estamos bien, Él nos quita todo aquello que causa que nuestra vida sea comfortable. Justo cuando Dios nos quita todos los elementos que nos ayudan a nuestro confort interno, entonces, Dios sabe cómo realmente está nuestra fe. Es en ese momento cuando nuestra fe resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo. Si algo exalta a Dios es que le creamos, aun así no tengamos nada. La fe que exalta a Dios es como la que tuvo Job, un hombre que fue grandemente quebrado al punto de quedar sin nada. A Job Dios le quitó sus hijos, su ganado, sus criados, excepto una cosa: a su esposa insensata. ¡Ah! qué Dios el que tenemos, sin embargo, todo aquello

generó una expresión en Job, que hasta el día de hoy resulta en alabanza para Dios: *“...Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno”* (Job 1:21-22). ¿Somos nosotros capaces de mantenernos creyendo que nuestro Dios no nos va a dejar ni a desamparar y que está con nosotros en todo momento, aunque no lo veamos ni lo sintamos? Dios nos permita terminar la jornada de esta vida en la tierra despidiéndonos de las promesas, saludándolas, talvez sin haberlas visto cumplidas, pero creyéndonos, honrando a Dios con nuestra fe. Dios espera que nuestra vida en el Evangelio sea un testimonio de fe, que con nuestra vida le digamos a todos que creyendo en Él estamos más que servidos. Que un día podamos decir como Pablo: *“Pero lo he recibido todo y tengo abundancia; estoy bien abastecido, habiendo recibido de Epafrodito lo que habéis enviado: fragante aroma, sacrificio aceptable, agradable a Dios”*. (Filipenses 4:18). ¿Sabe adonde estaba el apóstol Pablo cuando dijo estas palabras? En la cárcel, ¡Ah! ¡Qué

contentamiento el de Pablo estando en la cárcel! y todavía en la misma carta le dijo a los hermanos de Filipos: *“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”* (Filipenses 4:4). ¡Hermanos, la fe de estos hombres honró a Dios.

Necesitamos volver al evangelio original, a la experiencia de estos hombres de la Iglesia del principio. El Reino de Dios necesita hoy tales hombres, que lo honren, que mantengan su fe; no como esta generación que nos ha enseñado en la práctica a ser cobardes, quejumbrosos, llenos de problemas, mezquinos, ambiciosos, que hemos hecho del reino de Dios un centro de beneficencia personal.

La Biblia dice: *“Y si tenemos qué comer y con qué cubrirnos, con eso estaremos contentos”*. (1 Timoteo 6:8). ¡Ah!, estas palabras a nosotros no nos caben en la cabeza. La mayoría de nosotros tenemos tanto qué comer que hasta problemas físicos tenemos por la grasa acumulada en el cuerpo, sin embargo, nos quejamos a cada momento porque no conocemos la naturaleza del Evangelio. Piense conmigo lo siguiente: Si yo tengo un vaso de vidrio

que soporta ser lanzado desde una buena altura sin quebrarse, obviamente, lo puedo lanzar desde esa altura y no se va a quebrar. Si viene “fulano” a decirme: “yo tengo un vaso igual que el tuyo”, yo le diría que lo tire y que lo probemos. Si el vaso del “fulano” es igual al mío no se debería quebrar. Igualmente es lo que nos debe acontecer a nosotros a causa de la Vida divina que nos han dado, si tenemos la Vida de Cristo en nosotros, si la Biblia dice que Él no se avergüenza de llamarnos “Sus hermanos”, entonces, debemos ser probados en fe. Si el Padre llevó a Su Hijo unigénito a la cruz, también nos ha de llevar a nosotros, tiene que probarnos. El problema es que la práctica generacional nos ha vuelto inmunes a la cruz, los creyentes de hoy repelemos el dolor, un medio sufrimiento nos viene y ya salimos corriendo.

Si un creyente no sufre, es porque su fe es un pseudo evangelio. Nadie puede quedar exento de padecer en el Evangelio, aún así sea el más millonario del mundo. El apóstol Pablo le escribió a un joven que fue un tanto “fino”, hablamos de Timoteo, este joven fue criado por su abuela Loida y su madre Eunice. Si pensamos un momento como son

los abuelos, no erraríamos en pensar que a Timoteo le costó sufrir, todos sabemos que los abuelos son ultra protectores, aman sobremanera a los nietos. Sin embargo, el apóstol Pablo le dijo: *“Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo”* (2 Timoteo 2:3). El apóstol le dijo esto porque no sólo siendo pobre se sufre, sino predicando el Evangelio también se sufre. Alguna manera de padecer tenía que existir en el Evangelio de Timoteo, pero no podía estar sin sufrir.

En lo natural, nos podemos dar cuenta que los soldados no necesitan ir a la guerra para pelear, aun en su tiempo de acuartelamiento los ponen a pelear entre ellos mismos para que se entrenen, para que no desconozcan el dolor, es parte del entrenamiento que todo soldado debe tener. Nosotros también debemos sufrir, el apóstol Pablo dijo: *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (2 Timoteo 3:1). O el apóstol Pablo fue un hereje, o nuestro Evangelio es diferente al que ellos predicaron, porque según él, los creyentes debemos padecer. Hermanos, nos guste o

no, nos es necesario entrar al reino a través de muchas tribulaciones.

El Pasaje que leímos en Hebreos también dice que al presente ninguna disciplina es causa de gozo pero el resultado es un fruto apacible de justicia. En otras palabras, el que no es disciplinado no merece el reino de Dios. Esta es la parte que no nos gusta del Evangelio, de esto queremos huir, pero no habrá tal gloria venidera sin padecimiento. No seamos prófugos de la voluntad de Dios, aceptemos el dolor que Él ha designado para nosotros.

Muchas veces somos como Jacob, un hombre al que le costó entender que Dios lo quería quebrar. Jacob nunca aceptó ser el segundo de la familia, a costa de todo quería ser el primogénito, y por eso engañó a su padre; luego altercó con su suegro, al menos catorce años estuvo resistiéndose a los tratos; finalmente, después de muchos años de luchar y de resistirse, Dios mismo lo descoyuntó. Así nos pasa a nosotros en lo espiritual, nos resistimos a los quebrantos de Dios, sin embargo, debemos entender que no hay Evangelio sin padecimiento.

Quiero terminar esta sección con un pasaje, el cuál, hace años el Señor me permitió convertirlo en un coro; me refiero a *Habacuc 3:17* “*Aunque la higuera no eche brotes, ni haya fruto en las viñas; aunque falte el producto del olivo, y los campos no produzcan alimento; aunque falten las ovejas del aprisco, y no haya vacas en los establos, v:18 con todo yo me alegraré en el Señor, me regocijaré en el Dios de mi salvación. v:19 El Señor Dios es mi fortaleza; El ha hecho mis pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar*”. Dios nos permita salir de esta generación en la que nacimos, que nuestra fe sea tan sólida que no necesitemos ver abundancia y prosperidad para creer, en otras palabras, que nos permita conocer la naturaleza primigenia del Evangelio.

2. Hoy En Día Hay Cristianos Que Piensan Que Pueden Tener Una Vida Enajenada Del Compromiso Y La Responsabilidad Que Debe Tener Todo Aquel Que Ha Sido Llamado A Ser Hijo De Dios.

Si doctrinalmente ya rompimos la manera evangélica de reunirnos, rompámosla también en la práctica. Yo les insto a que no asistan a la Iglesia por el "qué dirán", ni por apoyar a un hombre, sino porque tienen carga por la obra del Señor, porque aman al Cuerpo de Cristo.

Hace años yo estuve pastoreando en República Dominicana, y me enviaron a abrir obra a un sector donde vivía gente muy pobre. Me recuerdo que alquilamos un local y nos íbamos con Mercy a invitar a los vecinos. Nosotros soñábamos con que alguien nos aceptara la invitación, pero nadie llegaba. Después de algunos días empezaron a asistir un par de jovencitas de unos

S

E

M

A

N

A

4

diecisiete años, pero llegaban vestidas de una manera muy indecente. El problema fue que con el pasar del tiempo la gente que se animaba a entrar, así también se iban porque se asustaban de los “mini shorts” que usaban aquellas jovencitas. En ese tiempo yo sí soñaba con multitudes, deseaba que “mi Iglesia” estuviera conformada de muchos hermanos. En este tiempo ya no necesito sentir el apoyo de multitudes, basta con dos o tres que nos reunamos en el Nombre del Señor. No estoy en contra de las multitudes, pero tengo la revelación que puede estar el cuerpo de cristo donde dos o tres se reúnen.

Le pregunto nuevamente, ¿Siente usted un grado de responsabilidad por la Iglesia? Si su respuesta es afirmativa, le pregunto: ¿Qué hace usted por la Iglesia? Hermanos, ustedes no tienen idea de cuánto valor es para el reino del Señor que ustedes se sientan comprometidos en asistir a las reuniones de Iglesia, sólo eso ya crea un ambiente maravilloso en el Cuerpo de Cristo. Si usted es de los que asiste a la Iglesia y no sabe ni siquiera cómo se hizo para quitarle el polvo a las sillas, y esa es su constante, déjeme decirle que usted no

tiene el verdadero Evangelio. La práctica generacional nos enseñó que todo es responsabilidad de los pastores de las Iglesias, pero eso no debe ser así. Yo les insto a que sientan la responsabilidad de traer una palabra, un salmo, o cualquier servicio que traiga bendición al Cuerpo de Cristo.

Para ir terminando, permítame enumerarle un par de detalles que no hemos tomado en cuenta en nuestra vida de creyentes, y que terminan corrompiendo la naturaleza primigenia del Evangelio de Cristo.

2.1. Nacimos En El Señor Siendo Sacerdotes, Por Lo Tanto, Nos Debemos En Servicio A Dios Y A Su Cuerpo.

Cuando nacimos de nuevo en Cristo, desde ese momento nos hicieron sacerdotes para Dios. Leamos los siguientes versos:

1 Pedro 2:5 “vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”.

Apocalipsis 1:6 “y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén”.

Romanos 12:1 “Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional”.

Apocalipsis 20:6 “Bienaventurado y santo es el que tiene parte en la primera resurrección; la muerte segunda no tiene poder sobre éstos sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con El por mil años”.

Todos los que somos hijos de Dios fuimos hechos Sus sacerdotes, por lo tanto, debemos hacer dos cosas básicas: Ministrar a Dios y ministrar al pueblo. Desde el día que venimos al Señor debemos sentir que nuestra vida está dedicada a servir a Dios y a nuestros hermanos. Lamentablemente, el Evangelio que conocimos en nuestra generación nos ha vuelto inútiles. Nos encantan las reuniones a maneras de

“cultos evangélicos”, donde tenemos la idea que vamos a presenciar un “show” musical y un mensaje a la conciencia. El pseudo evangelio de nuestra generación no fue lo que el Señor diseñó para Su Iglesia. ¿Qué pensaría usted de un hombre que se casa y a la hora de dar el gasto para la casa no quiera aportar nada? Esa actitud no es normal, es indigna, todos sabemos que el hogar no es sólo cariño, también implica responsabilidad. Así es en el Señor, todos tenemos que responsabilizarnos por la casa de Dios, si no vivimos así, no conocemos la naturaleza del Evangelio. Una vez un predicador dijo unas breves palabras muy sabias: “*El que sirve, sirve; el que no sirve, no sirve*”. Dios no quiere un pueblo inútil e irresponsable.

2.2. Cuando Nos Convertimos Al Señor Nos Trasladaron Del Reino De Las Tinieblas Al Reino De Su Amado Hijo.

Piense un momento en el caso de algunas personas que un familiar en los Estados Unidos le ha arreglado papeles, y de pronto pueden emigrar hacia aquel país. Muchos sueñan con esa probabilidad de ser sacados

de su país de origen para llegar al país norteamericano, lo que muchos no saben es que a pesar de ser un país próspero las responsabilidades para con aquel gobierno son altas. Hermanos, nosotros también fuimos sacados del reino de las tinieblas y nos llevaron al Reino de Su Amado Hijo, por lo tanto, debemos ser responsables y vivir como súbditos. La gente del reino de Dios debe aprender a dar, a convivir, y a obedecer, éstas deberían ser las características principales de alguien que conozca el Evangelio.

Estamos acostumbrados por la práctica generacional a no dar, a buscar nuestros beneficios, sin embargo, el Reino de Dios nos apremia a dar, a aportar aún en nuestras limitantes porque Él ve la intención del corazón.

Cuánto nos ha deteriorado el mundo evangélico. Hay quienes salieron de las denominaciones para buscar la iglesia orgánica, sin embargo, muchos de esos movimientos tienen una apatía por aportar de sus finanzas y obedecer a la autoridad. Según el Nuevo Testamento, sí debemos aportar de nuestras finanzas para la obra del Señor de manera responsable, e

igualmente debemos obedecer a la autoridad de Dios, la cual se manifiesta en hombres. Ciertamente el mundo evangélico ha abusado de la buena voluntad de los creyentes para dar y se han enseñoreado de la grey, pero eso no ha sido problema de Dios, y tampoco es motivo para olvidarnos que nos debemos a Dios y a Su obra. El abuso que hemos experimentado es la consecuencia de tener un pseudo evangelio, distante al original. No seamos engañados, sí debemos dar, sí debemos vivir en sujeción al Reino de Dios. Si todos los creyentes fueran fieles para dar sus diezmos haríamos muchas cosas más para el Reino de Dios. La naturaleza primigenia del Evangelio nos debe invitar a dar, lo normal debería ser que de la abundancia que Dios nos da siempre apartemos para dar.

La naturaleza del Evangelio nos enseña que debemos anhelar la comunión con nuestros hermanos, y además, que debemos obedecer a las autoridades impuestas por Dios. Es falso el concepto que muchos dicen ahora acerca de que en la Iglesia orgánica no hay “cabezas”, en el Nuevo Testamento sí podemos ver como los

apóstoles en algunas iglesias locales instituyeron ancianos. ¿Para qué ponían ancianos? Para que gobernaran los asuntos de la localidad, por supuesto, entendiendo que la autoridad no es sinónimo de señorío. El apóstol Pablo decía: *“...las demás cosas las pondré en orden cuando yo fuere”*. En otra ocasión dijo: *“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”* (Filipenses 2:12). Estas palabras denotan que los apóstoles eran autoridad, y la Iglesia les obedecía, entonces, nosotros también debemos reconocer autoridades y obedecerles. El hecho de que nos hayamos alejado de la tiranía de los “pastores”, a la manera evangélica, no quiere decir que no debemos reconocer la autoridad dentro de la Vida de la Iglesia orgánica. Si nos volvemos anarquistas (sin gobierno), lejos de acercarnos al Evangelio original, nos alejamos.

Conclusión:

Dice 1 Juan 1:1 *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida v:2 (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y en verdad nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. v:4 Os escribimos estas cosas para que nuestro gozo sea completo”*. Los apóstoles fueron funcionales para el Señor porque para ellos el Evangelio fue una sola cosa: *“La persona del Señor”*. Para nosotros el Evangelio es un montón de cosas para aprender; en la Iglesia actual hay enseñanzas para todo, aun nos enseñan qué música debemos escuchar. Hemos sido acostumbrados a dejarnos manipular en todo, nos controlaron nuestros gustos musicales, nuestra manera de vestirnos, nuestra

personalidad, etc. Cada vez nos carga más asistir a la Iglesia porque pensamos que iremos a aprender una carga más. Sin embargo, el Evangelio arrancó para los discípulos con una sola cosa: la persona de Jesús. La esencia del Evangelio según *1 Juan 1:1-5* es estar en comunión con el Señor.

Ahora bien, si queremos saber de manera más amplia cuál es la esencia del Evangelio, podemos decir que, aparte de conocer al Señor en nuestra comunión con Él, el Evangelio consiste en conocerlo a Él a través de Su Cuerpo. El apóstol Juan sigue diciendo: *“Si decimos que tenemos comunión con El, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; v:7mas si andamos en la luz, como El está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado”*. (1 Juan 1:6-7).

El que aprende a tener comunión con el Señor (me refiero a la persona misma de Jesús), y se levanta todos los días a primera hora con el fin de estar un momento delante de Él, está perseverando en el verdadero Evangelio. El que aprende a hablar con Dios

como le habla a Su vecino, el tal está viviendo y conociendo la naturaleza primigenia del Evangelio del Señor. La generación de la Iglesia verdadera es aquella que tiene tal comunión con el Señor. En lo personal puedo decirle que yo platico con el Señor todos los días, y por fe creo que Él está a mi diestra a cada momento. Esto no se trata de ser sumamente místicos, es simplemente el hecho de recibir de gracia lo que es de gracia. Si logramos combinar lo dicho anteriormente, con buscar al Señor juntamente con los hermanos de nuestra Iglesia Local, vamos bien, vamos en la ruta del recobro, nos estamos acercando a la naturaleza primigenia del evangelio.

¡Amén!